

Luisita González de Sáenz y su exposición

Para los que conocemos a Luisita mucho, y no conocemos de pintura nada, cualquier comentario tiene que reducirse a una cuestión emocional. Pero, si la emoción cuenta como factor de valorización técnica en el arte de la pintura, puede que esa reacción tenga alguna importancia.

Ella, no la que pinta, sino ella, Luisita para la mirada agredida del amigo, es la más dulce de las mujeres. Si hay un espíritu que revele soltura (por soltura quiero que se entienda ausencia de complejos, de esos que todos, o casi todos tenemos), equilibrio, espontaneidad, delicadeza, honestidad, bondad, ese espíritu es el suyo. Luisita no es alegre, no es des-

orbitadamente alegre, como tantas mujeres que viven en función de regocijo, Luisita es serena. Pero no es triste. ¿De dónde, entonces, dentro de ella misma toman sus cuadros esa grave nota azul que los dramatiza?

La inusitada, casi diría atormentada belleza de sus paisajes, la austeridad de su línea, la simplicidad desconcertante de sus composiciones, el serio colorido de su pincel, la liviandad de esa luz exterior que casi no existe, la sobriedad de sus retratos, tienen una fuente de interpretación única que trataré de explicar.

El paisaje, aún el paisaje tropical, visto con ojo realista, no padece la luz amarilla con que se ha llegado a entenderlo. La naturaleza, sujeta a inexorables leyes vitales, como lo estamos nosotros los seres humanos, sufre transmuciones dolorosas, nace con pena se enferma, se estremece, agoniza y muere en patética continuidad. El árbol que quemó el rayo o la helada es un ser sufriente, la tierra asolada por la sequía también lo es, la montaña desgarrada por el precipicio es una herida abierta; goza también la naturaleza con un regocijo dinámico cuando recibe la lluvia, cuando se abren los capullos. Podríamos tal vez llamarla acción silenciosa, si no bastara para hacerla sonora la voz del río en la hondonada, el canto de la lluvia, la flauta del viento entre los pinos, el grito del trueno en la tormenta. En una naturaleza dinámica así entendida, el sol no es definitivamente amarillo, ni el trópico es definitivamente eufórico.

Luisita, en una pintura que podríamos calificar de solemne, ha logrado entender esto. Su colorido es la respuesta a una cosa vital que dentro de las cosas inanimadas, se mueve intensamente. Su lírica emoción es la emoción de los hechos que en el paisaje hablan y cantan. Es sinfónico el paisaje que en la Exposición aparece modestamente con el N° 14, y en el que unos campos que ondulaban hacia el infinito, avanzan, modificando y ampliando su tema original de forma y colorido como en los movimientos de una sinfonía. Es agudo la mariposa que se adilla. Sufren los árboles que ella llamó "Los Quemados" la más intensa de las agonías, y que por siempre plantada en lo desolado del drama la casita del precipicio. Para ella, las más simples emociones pictóricas están unidas al páramo y la altura; parece no encontrarse bien en la soleada placidez de los adobe, y

si mucho en la húmeda sombra de los arroyos, en la interrogación de un espacio abierto a la inmensidad, o en el estremecimiento precipicio. ¿Es esto triste? Puede ser un sentimiento anímico que produce el ser. Pero más que tristeza, esto es verdad.

¿Entender la naturaleza como un hecho viviendo activo, supues- to a sufrir y gozar es ser morboso? No. Es ser realista, y ser también idealista. Ella no pinta sólo lo que vé; pinta lo que esa cosa que mira, cuando ella la mira, siente. Su arte, es emocional.

Sus retratos, sus figuras, también tienen esa nota de activa nostalgia. Nota que es más visible en el paisaje, porque, por un prejuicio innato, estamos más dispuestos a creer que el ser humano es vital y el paisaje lo es mucho menos. De la figura, lo mejor es, a mi juicio, el retrato de su hijo, Guido Sáenz. Quizas también lo sea de la Exposición en conjunto. Ella interpretó con justicia en un colorido (sin pretensiones, en una línea suave pero definida, en una composición a base de paralelas, la naturaleza sensible de Guido, su inteligencia casi adulta, en contraposición a sus condiciones básicas de adolescente.

Quizas no haya una unidad de liberada de técnica en el conjunto. Afortunadamente no la hay. Los dibujos a pluma, algo nuevo en nuestro medio por la concepción, por el color y por la línea, constituyen con ser casi lo más reciente, el atisbo promisor de un inusitado descubrimiento pictórico.

Yo, que estoy enamorada de "Los Quemados" y del N° 14 que ya llamé "La Sinfonía", no puedo arriesgar un juicio sobre el valor predominante en estos cuadros. Quizas, y apartando en lo posible mi inclinación personal por ese paisaje atormentado de los cuatro árboles enfermos, diría que lo mejor en paisaje es el camino que se pierde al borde de un abismo, rodeando un cerro, abismo que está extrañamente mezclado con el cielo en una gris combinación sólo posible en las alturas desconcertantes de los volcanes, de donde ella lo tomó. Después, y siempre haciendo margen para mi predilección particular, un pequeño cuadro que representa una oscura cueva que sube hacia quien sabe que cumbre de sueño.

¡Raro valor de nostalgia el que ella logra darle a sus cuadros! Si quisiera definirlo, diría con Unamuno, que "agonizan" en la agonía que él, recurriendo a las fuentes primitivas del idioma, critica de como exaltación de vida.

YOYANDA OREAMUNO.

